

JOSE MARÍA RODRÍGUEZ OLAIZOLA

La Pasión

en Contemplaciones de Papel

5.^a Edición

SAL TERRAE
SANTANDER – 2018

PRESENTACIÓN

CONTEMPLAR es mirar, pero de una forma muy precisa. Es prestar atención al detalle, empaparse en lo que uno ve, dejar que, de algún modo, te remueva, te implique, te envuelva. Esto se puede hacer con un paisaje, con un cuadro o con la vida misma. Y, por supuesto, se puede hacer con el evangelio. Sus escenas y personajes desbordan humanidad, hondura y verdad por los cuatro costados. Hace unos años escribí un libro, «Contemplaciones de papel», en el que proponía al lector adentrarse en diversos episodios evangélicos tratando de leerlos con la sensibilidad, las inquietudes e interrogantes de las personas de hoy. Entonces presentaba al joven rico, a Pedro, a Marta y María, a la viuda que daba con generosidad radical, a la mujer encorvada y a otros personajes. Cada uno de ellos se encontraba con Jesús, y en ese encuentro su vida se veía transformada. No eran relatos inventados, sino, en todo caso, recreados a partir de historias del evangelio. Historias que siguen vivas, porque su verdad trasciende lo concreto de un momento para hablarnos de las personas y la fe hoy en día. Relatos que, al final, se convierten en un espejo de nuestras historias. Creo que esa es la fuerza de las contemplaciones de papel, al intentar sumergirnos en esas vidas, al tender puentes entre esos protagonistas y nuestras propias vivencias.

Cuando escribía el prólogo de aquellas «Contemplaciones de papel», decía que quizás algún día me atrevería a adentrarme de la misma forma en los relatos de la Pasión. Al fin lo he hecho, si bien ha sido más difícil de lo que pensaba. No es sencillo contemplar una historia de la que hay cuatro narraciones tan ricas en matices como las que nos ofrecen los evangelios. Tampoco ha sido fácil encontrar la perspectiva justa. ¿Debía acompañar a los hombres y mujeres que atraviesan estas escenas? ¿Debía buscar la perspectiva del propio Jesús? Después de todo, Jesús es el gran protagonista de la Pasión. Sin embargo, una cosa es permitirse alguna licencia para entrar en la vida de los personajes de la Pasión, y otra muy distinta pretender estrujar el misterio. Al final me ha resultado más natural intentar asomarme, de nuevo, a los sentimientos de Pedro, Caifás, Pilato o Magdalena, y dejar que a través de sus ojos se vaya desvelando, siempre de manera incompleta, lo que la Pasión tiene de entrega, de abandono y de misterio en la vida y muerte de Jesús.

También resulta un reto encontrar un hilo lineal. Después de todo, las contemplaciones de otros relatos del evangelio tienen la ventaja de ser episodios sueltos. Cada una de ellas permite un relato cerrado. La Pasión, sin embargo, es una historia mayor, en la que vamos pasando de un escenario al siguiente en una sucesión constante. ¿Cómo afrontarlo, entonces? ¿Optar por un único evangelio y contemplar desde ahí? ¿O beber de todas las fuentes para tratar de ofrecer un retrato lo más amplio posible de la Pasión y sus personajes? En este caso, la opción ha sido la segunda. Y, con todo, también he optado por la libertad. Por no pretender incluirlo todo: todas las palabras todos los eventos todos los personajes todos los gestos... He mantenido la misma estructura de las primeras «Contemplaciones de papel»: capítulos que incluyen una contemplación, una reflexión al hilo

de lo que aparece en ese relato y un poema-oración final. Lo distintivo en este caso es que las contemplaciones van formando un relato lineal, recorriendo ese último día de la vida de Jesús, guiados por diversos testigos que nos conducen a través de esta historia.

¿Qué personajes elegir? En «Contemplaciones de papel» se alternaban personajes de los evangelios: Marta, Zaqueo, la madre de los Zebedeos, Leví, la viuda que deja una moneda en el templo... Eran hombres y mujeres, mayores y jóvenes. En el recorrido por la Pasión es necesario intentar ser lo más fiel posible a las situaciones descritas, sin añadir demasiado, aun dentro de la posibilidad de suponer sentimientos e historias en los distintos protagonistas. Varios personajes van dándose el relevo como guías en este recorrido: los discípulos, Caifás, Pilato, Herodes, los soldados, Magdalena... Hay menos mujeres en esta ocasión. Pero lo importante es que cualquiera que vaya siendo el guía, sus circunstancias, a menudo, encuentran eco en mucho de lo que seguimos viviendo los hombres y mujeres de hoy al enfrentarnos con las grandes encrucijadas y las pequeñas batallas del día a día.

En la Pasión nos encontramos con las grandes cuestiones de la vida, de muchas vidas, en juego: el amor y el miedo. La fragilidad que es capaz de asumir sus errores, y la que no lo hace y queda presa de la culpa y el remordimiento. La dureza de corazón y la compasión profunda. El perdón, el rencor, el egoísmo de quien busca su propia conveniencia. La fidelidad de quien no tiene miedo a arriesgar por aquellos a quienes ama. La ternura, que aparece una y otra vez en los rincones más inesperados.

Y nos encontramos, por supuesto, con Jesús. Es él quien, de una u otra forma, nos revela más sobre Dios y so-

bre el ser humano. Desde la entrega y desde el misterio. Desde los gestos concretos de su vida hasta el gesto último de la cruz abrazada.

Para mí, atravesar la Pasión ha sido un recorrido fascinante y, a la vez, difícil. Gracias, una vez más, por compartirlo.

JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ OLAIZOLA

EL LAVATORIO

I. Contemplación de papel: Servir

TRES hombres caminan con paso ligero por las angostas callejas de Jerusalén. Se detienen para preguntar por una dirección. Una mujer les indica hacia dónde deben seguir para llegar a la casa que buscan. La ciudad está abarrotada de gente que ha venido para celebrar la Pascua, y todo el mundo parece tener prisa por acabar la jornada. El día ha sido caluroso, y en las calles se cruzan, en abigarrada mezcla, personas y animales que levantan nubes de polvo que hace que les arda la garganta.

Pedro está de buen humor. Tanto que, aunque no se llevan especialmente bien y en ocasiones se miran con recelo, hoy bromea con Santiago mientras se dirigen al punto de encuentro. Le satisface ver que también el otro parece disfrutar de las chanzas. No está mal, para variar. Las últimas semanas están siendo difíciles, y parece haberse instalado entre todos un clima sombrío que demasiado a menudo sume al grupo en algo parecido a la congoja. En ocasiones se descubre pensando con nostalgia en los primeros días de camino con Jesús, cuando lo habitual era recibir parabienes de aquellos a los que el Galileo curaba o ayudaba. Luego todo se empezó a torcer. Llegaban rumores de una conspiración

para acabar con Jesús. Día sí y día también, se repetían las noticias inquietantes; los roces entre ellos se convirtieron en motivo de conflicto; y desde hace meses, las susceptibilidades están a flor de piel. Mira de refilón a Judas, que camina sumido en sus propios pensamientos, un poco ajeno a ellos dos.

«¡Basta de tristezas! Hoy no va a ser así», se dice Pedro, mientras sacude la cabeza, determinado a no permitir que nada ni nadie le quite el entusiasmo con que se prepara para celebrar la Pascua.

Después de jornadas de andar de un lado para otro, de dormir a la intemperie, de comer en el camino o en las casas de anfitriones desconocidos, donde siempre parece que todo es solemne o especial, no está mal, para variar, celebrar juntos una comida bajo techo. Cuando Jesús dio instrucciones para preparar la cena en un local de Jerusalén, el júbilo fue general. Todos parecen contentos de poder compartir esa noche. Por hoy no hay que pensar en las autoridades judías, en los conflictos en que se ven envueltos ni en las disputas de los últimos tiempos entre ellos.

Reconocen la casa por las indicaciones recibidas. En la entrada hay una mujer robusta, probablemente la dueña, que nada más verles apunta a la escalera exterior por la que se sube a la segunda planta. Siguen su indicación, para descubrir, al entrar en la habitación, que los demás han llegado. El ambiente general es de excitación y júbilo. Hay risas, movimiento y conversaciones entrecruzadas. La primera mirada de Pedro busca a Jesús, con una mezcla de instinto posesivo y necesidad. Espera que sus ojos se crucen con los del maestro; y cuando lo hacen y Jesús levanta las cejas y le sonríe en un gesto de bienvenida, se queda tranquilo. A veces se siente como si fuera un niño que necesitara la aprobación del otro; y aunque no le gusta, no puede evitarlo. Siente verdadera devoción por Jesús. Le ad-

mira desde que le llamó, hace ya tres años, y está seguro de que daría la vida por él.

Se suma a la conversación de Felipe y Natanael, que le reciben con júbilo. De la planta baja suben aromas que le hacen salivar, anticipando el banquete. Huele bien. A carne, pan y especias. La vista se le va hacia los muchachos que preparan las mesas, y advierte que todo está dispuesto para la cena. Al olor del cordero su estómago hambriento protesta, y bajando la voz se lleva una mano a la panza diciéndoles a los otros que hoy no va a dejar restos. De vez en cuando, ve que algún otro, además de él, lanza miradas inquisitivas a Jesús, como esperando que tome la iniciativa de acercarse a la mesa para dar comienzo a la cena. El maestro parece tranquilo, pero Pedro, que le conoce bien, cree adivinar en su semblante indicios de tensión. Sin embargo, por una vez prefiere ser prudente y no preguntar si ocurre algo. Después de todo, ¿para qué estropear el momento?

Jesús, al fin, se mueve. Le siguen y se disponen todos alrededor de la mesa; pero en lugar de comenzar con las bendiciones rituales, el maestro se levanta de nuevo y se dirige a una esquina, ante la mirada intrigada del resto. En el suelo hay un lebrillo de barro y una jarra con agua, preparada para las purificaciones rituales. Los ojos de Pedro se cruzan con los de Juan, que hace una mueca de perplejidad y tampoco parece saber qué quiere hacer el maestro. Cuando se quita la túnica, agarra la jarra y una toalla y se vuelve a ellos, se quedan todos inmóviles, sin saber qué se espera de ellos. ¿Qué hace el maestro como si fuera un criado? ¿Piensa lavarles las manos? Andrés, que es el que está más cerca, le pregunta con un hilillo de voz, como si le asustase hablar de más. Aunque da igual el volumen, pues la conversación entre ambos es perfectamente audible en medio del silencio. Quiere lavarles los pies. Empiezan a objetar todos al tiempo, pero el maestro

acalla su protesta con una mirada cortante. Andrés, vacilante, abandona su sitio en la mesa, se sienta en un banquillo y deja que Jesús vierta agua sobre sus pies polvorientos, con expresión de embarazo y evitando mirar a los otros.

Pedro, descolocado, intenta entender de qué va todo aquello. Nervioso, espera que algún otro intervenga. No le gusta ver así al maestro, actuando como un sirviente. Jesús lava los pies del discípulo con mimo. En la sala solo se oye el hilito de agua que sale de la jarra y cae en el lebrillo, y a lo lejos los ruidos de Jerusalén, que se prepara para la noche. El maestro seca los pies de Andrés con delicadeza, y este se levanta y vuelve a su puesto, reclinándose en uno de los bancos dispuestos alrededor de la mesa. Tras un momento de vacilación, es Leví quien ocupa el lugar del otro. Su rostro brilla con una mezcla de timidez y emoción. Él, el recaudador, el que un día se levantó de su puesto de cobrador de impuestos para seguir a Jesús, se muestra entre abrumado y conmovido por este gesto que conjuga la ternura y la humildad.

El improvisado ritual prosigue, en medio del silencio del grupo: Santiago, Felipe, Bartolomé... Cuando le llega el turno a Judas, es evidente para todos la incomodidad del Iscariote. Aún está reciente el último enfrentamiento en Betania, cuando Judas prorrumpió en gritos indignado por el despilfarro de María al lavar los pies al maestro con un frasco de perfume. ¿Será este gesto de Jesús una forma extraña de responder al más díscolo de sus discípulos?

Pedro no termina de entenderlo y, a medida que se acerca su turno, se va sintiendo entre nervioso y enfadado. ¿Es que con Jesús nada puede ser normal?, refunfuña para sí. De golpe se le ha pasado el hambre y el buen humor. Así que cuando Jesús le mira, esperando que se siente en el banquillo, se dice que tiene que hacer algo. Por la cabeza se le pasa también la idea de que esta es para él la oportunidad de marcar diferencias con los otros, que han reacciona-

do con docilidad dejando que Jesús se comporte como una criada, y eso le lleva a reafirmarse en su objeción.

Permanece de pie. «Señor, ¿tú me vas a lavar a mí los pies?» La pregunta es retadora, y todos, que le conocen bien, saben que es su manera de negarse. «Lo que yo hago no lo entiendes ahora, lo entenderás más tarde», responde Jesús mirándolo con calma. Pedro no consigue controlar su irritación. Se enfurece por ese lenguaje que no comprende, y replica con terquedad: «No me lavarás los pies jamás». Los otros les miran con estupor. Pedro, grande y erguido, plantándole cara a Jesús, que, aún inclinado en el suelo, le mira con seriedad. Entonces el maestro deja la jarra, se alza despacio y queda frente al discípulo. «Si no te lavo, no tienes que ver conmigo». Lo dice con una mezcla de pesadumbre y firmeza.

Pedro palidece. Una vez más, siente que se ha equivocado. ¿Nada que ver con él? ¡Si no entiende su vida de otro modo, si es su amigo, su maestro, su guía...! En un instante se le quiebra la voz y aflora en su rostro una angustia que contrasta con el desafío del momento anterior. No le importa rectificar, reconocer que se equivoca —aunque sigue sin entender nada—: «Señor, no solo los pies, sino las manos y la cabeza», balbucea, al tiempo que extiende hacia el otro las manos y empieza a agacharse. Jesús le detiene poniendo la mano en su hombro. «No es cuestión de bañarte, ¿no ves que ya estáis limpios?» Pedro no sabe qué pensar. Pero Jesús concluye su frase con una afirmación brutal «...aunque no todos». Pedro se muerde un labio. ¿Quién no está limpio? ¿Qué está diciendo Jesús? Los discípulos se miran, confusos.

Pedro, abrumado, se sienta en el taburete y deja que Jesús le lave los pies. Con delicadeza, con mimo, con ternura. Sentir la mano del amigo limpiándole el polvo le reconforta, pese a lo extraño de la escena. Aún se siente mal y aún resuenan en su cabeza las palabras de Jesús —«... no tienes parte conmigo»—, y tiembla. Sin embargo, al ver al maestro

reclinado a sus pies, un destello de comprensión quiere abrirse paso. Otras memorias, palabras sobre el servicio pronunciadas en otros momentos, quieren emerger. Pero las ideas se van, y cuando Jesús termina de secarle los pies, Pedro se apresura a volver a su sitio. Los otros evitan mirarlo.

El sorprendente ritual continúa hasta que el último de los doce está sentado de nuevo. Al fin, Jesús se levanta, se pone el manto, vuelve a la mesa y se reclina en su puesto. Pedro mira hacia abajo, apesadumbrado. Se le han quitado las ganas de cena, de fiesta y de ruido; y los otros, aunque no parecen tan incómodos como él, aún guardan silencio. Es Jesús el que habla primero. «¿Entendéis lo que os he hecho?» Sus ojos se clavan en Pedro. Este alza la vista y le sostiene la mirada, y al no ver en los ojos del amigo reproche ni enfado, se tranquiliza. Jesús continúa entonces: «Vosotros me llamáis maestro y señor, y decís bien. Pues si yo, que soy maestro y señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que hagáis lo que yo hago».

Pedro entiende. De golpe. Como le ocurre siempre. Pasa de la cerrazón a la apertura en un instante. Ahora sí se acuerda de las palabras pronunciadas en otra ocasión: «Los jefes deben servir». O de las diatribas contra los que buscan los puestos de honor en los banquetes. El enfado se disipa, y como le ocurre en los instantes en que se asoma al mundo de su maestro, el júbilo le invade al imaginar lo que sería vivir a su manera: un mundo donde los poderosos no hiciesen de su fortaleza un arma para someter a los débiles o un pedestal desde el que mirar por encima del hombro a los pequeños. Con la misma convicción con que hace unos minutos rehusaba ser servido por el maestro, ahora se imagina a sí mismo inclinado a los pies de otros, de otros más sencillos, más pequeños, más pobres, más enfermos..., y le entusias-

ma la idea. Esto es lo que le ocurre con Jesús una y otra vez: que le descoloca, le da la vuelta a sus percepciones, le zarranda y, sin saber muy bien cómo, al final termina abriéndole los ojos y llenándole el corazón.

Vuelve a sonreír, mientras Jesús continúa hablando, y Pedro cree advertir un guiño imperceptible en los ojos del maestro dirigido solo a él. «¡Qué granuja...!», piensa con cariño. Y se repantiga en su asiento, sintiendo de nuevo el corazón ligero. Cuando, al fin comienza, a llegar la comida y a servirse el vino, se siente exultante.

II. Poder y servir

La escena del lavatorio es un profundo pórtico para la Pasión. Jesús, con la toalla ceñida a la cintura, postrado para lavar los pies a sus discípulos. Y Pedro, incapaz de comprenderlo, plantando cara. Creo que es fácil ponerse en el lugar de Pedro e intuir que muchos de nosotros, enfrentados a la misma tesitura, nos encontraríamos igualmente incómodos. Es difícil la lógica del servicio —en sus dos vertientes: servir, y dejarse servir. Pero lo más radical del lavatorio es la manera en que una vez más, y ya son varias a lo largo de los evangelios, Jesús vincula servicio y poder. Se trata de una asociación sorprendente.

¿Nos parece que hay contraste entre el Dios Todopoderoso y el Hijo postrado a los pies de sus discípulos? Probablemente, sí. Y quizá sea porque, cuando pensamos en el Todopoderoso nos imaginamos a un Dios enorme, tremendo, en algún cielo desde el que determina todo lo que ocurre. Lo interesante es que no hay tal contraste, sino una concreción: el poder se ejerce en el amor que sirve. El Todopoderoso se muestra en todo su esplendor postrado, con la

toalla en las manos, secando con delicadeza los pies de los suyos y diciendo: «Haced vosotros lo mismo».

Estaría bien una sociedad en la que el poder fuera, de verdad, utilizado para el bien de los otros. Especialmente de los otros más frágiles, más vulnerables y heridos. Al hacer esta afirmación, inmediatamente podemos pensar en los poderosos, hombres y mujeres que ocupan puestos de responsabilidad, que tienen en las puertas de sus despachos placas con su nombre grabado y que son atendidos con deferencia allá donde se encuentran. Podemos pensar en listados como los que saca la revista «Forbes», año tras año, mostrando quién es más influyente, más rico o más popular. Pero también es importante reconocer que el poder es más accesible, más sutil y más presente. Que todos y cada uno de nosotros somos poderosos y a menudo tenemos muchos más recursos y capacidades de los que pensamos.

Fuentes de poder

Hay muchas fuentes de poder en la sociedad contemporánea que se combinan de diversas formas: el dinero, la educación, la fuerza, las posiciones de autoridad, la salud, la información, la belleza, el talento, la fama, el afecto... Lo interesante es que estas fuentes de poder están al alcance de muchos de nosotros. Evidentemente, no es lo mismo la fortuna de Bill Gates que los recursos de un ciudadano de clase media; pero en ambos casos, sobre todo cuando lo ponemos en perspectiva (por ejemplo, comparándolo con la situación de quien nada tiene), hay más capacidades de las que a veces imaginamos.

El poder del dinero es abrir puertas. Es garantizar comodidad, estabilidad, bienestar y la seguridad de todo aquello que se puede pagar. Cuanto más solvente eres, más pri-

vilegios se te ofrecen. Hay tarjetas de crédito que te hacen automáticamente merecedor de privilegios y ventajas.

También la *educación* da poder. A veces, en ciertos contextos olvidamos que algo tan básico como saber leer o escribir marca una diferencia radical en nuestro mundo. Más allá de la educación primaria, el tener acceso a la cultura, el tener determinada formación profesional o estudios universitarios... capacita a las personas, y decir que las hace capaces es decir que las hace poderosas.

Hay quien pone el poder en *la fuerza física*. Como hoy en día hay formas de resolución de conflictos que evitan que las polémicas se zanjen a golpes, ese tipo de fortaleza no tiene tanto peso como en otras épocas. Pero sigue siendo, en según qué contextos, instrumento de dominio y sumisión.

Las posiciones de autoridad dan poder. Esto es algo muy vinculado a las profesiones o a determinados roles públicos. Cualquiera que tiene un puesto que implica la capacidad de responder –o no responder– a otros de una u otra forma, se descubre «dueño de su parcela». A veces son parcelas raquíticas, pero permiten a las personas pequeños actos de reafirmación de su autoridad. Esto sirve tanto para el bedel de un instituto como para el director de un banco, para la jefa de ventas de una empresa o para el sacristán de una Iglesia. A veces, el que tiene la única llave que abre una puerta se convierte en celoso defensor de su puesto.

La salud es algo que no siempre se aprecia en todo su esplendor. Quizás cuando falta –a uno mismo o a los tuyos– entiendes la libertad que da, la capacidad de movimiento que permite y, por contraste, encuentras que carecer de ella limita tu autonomía, tus posibilidades, tu iniciativa. Estar sano es una forma muy real y concreta de ser poderoso.

La información es poder. Si hoy es un lugar común el hablar de la prensa como el cuarto poder, también en los ámbitos más cotidianos el control de información es una herramienta útil. Porque ayuda a tomar decisiones con mayor o menor riesgo. Permite actuar con conocimiento de causa. Cuantos más datos tenemos, tanto más posible es acertar a la hora de interpretar mil situaciones cotidianas en las que nos vemos envueltos. Pensemos en la importancia de la información en ámbitos que van desde lo laboral hasta lo relacional.

En la cultura de la imagen es un lugar común insistir en *el valor de la belleza*. No es nuevo. Ya Dorian Grey, el personaje de Oscar Wilde, hacía de su belleza un arma de seducción que le permitía manejar a los otros a su antojo. Se insiste en la situación privilegiada de las personas atractivas en multitud de circunstancias, y es cierto que la persona atractiva, si sabe jugar sus cartas, puede manejar el juego de la seducción, que permite muchas ventajas hoy en día. Muy unido a esto está *el poder de la juventud*, tan mitificada, envidiada y deseada.

También *el talento* es fuente de poder. Quizás hoy parece que no triunfan los más capaces, sino los más procaces, los más mediáticos o los que participan en *reality shows*. Pero en realidad, en lo cotidiano, la habilidad es una herramienta en manos de quien la tiene. Hay quien sabe hablar en público, quien sabe escribir, el intuitivo, el «manitas», el inteligente... Y todo esto da fuerza.

La fama da poder. Independientemente de cómo se haya llegado a ella. Es curioso el tirón de los personajes famosos para movilizar al personal. Por eso recurre a ellos la publicidad. Por eso se les ficha para campañas de todo tipo. La fama da visibilidad, y eso también te hace poderoso.

Y dejo para el final de esta enumeración el *afecto*, porque es una de las fuentes más profundas de poder, aunque lo sea en las distancias cortas. Los sentimientos son poderosos en la vida. Y el afecto o, por decirlo con más contundencia, el amor da poder porque da motivos. Hay que ver las cosas que la gente puede estar dispuesta a hacer, a arriesgar y a poner en juego por aquellos a quienes ama. El amor es aliciente, es estímulo, es impulso. A esto hay que añadir que las relaciones no siempre son simétricas, sino más bien al contrario: casi siempre son asimétricas. Da igual si hablamos de relaciones de pareja, de amistad, de vínculos familiares...: hay quien pone más, da más, se implica más, y quien, en el otro extremo, pone menos, quiere menos... Pues bien, normalmente, y aunque suene terrible, el que es querido tiene mucho poder. Porque el afecto, a menudo, te implica de tal manera que te hace vulnerable, te hace necesitar al otro, y esto supone darle poder en tu vida. Eso no es bueno ni malo; es humano. La alternativa —no necesitar a nadie para que nadie tenga poder sobre uno— quizá sea cómoda, pero es también fría. Ahora bien, esa asimetría da mucho poder a quien es querido. El reto es emplear este poder que nace del amor con especial delicadeza, pues normalmente toca a la gente en su entraña.

Ejercer el poder para servir

Es fascinante lo que puede conseguir una persona, un grupo, un pueblo. Hay figuras que son paradigmáticas, que con su determinación y su coraje son capaces de transformar el mundo. Pensemos por un momento en una monja albanesa que, sin recurso alguno, se adentra en los *slums* de Calcuta dejando atrás las seguridades del convento en que había vivido hasta entonces. Su determinación para ponerse al servicio de los más pobres de aquella sociedad hizo que mu-

chos otros abrieran los ojos, las manos y el corazón, y hoy la obra de la madre Teresa se extiende por todo el mundo como un verdadero canto a la compasión humana.

Pensemos en Aung San Suu Kyi, convertida en símbolo de la resistencia frente a una dictadura militar atroz en Birmania. Aprovechó su poder, su educación en Inglaterra, sus lazos familiares y el seguimiento de los medios para plantar cara a quienes ejercían el poder de la violencia y las armas.

Recordemos a aquel muchacho que hizo que un tanque se detuviera en Tiananmen, hace veinte años, plantándose enfrente. Y pensemos también en el soldado que, dentro del tanque, se negó a pasarle por encima, aunque probablemente sus superiores le instarían a que lo hiciera. Sospecho que ambos acabarían en alguna prisión china, vapuleados por su ejercicio de la libertad.

Ahí está el reto que se nos plantea hoy a cada uno de nosotros: poner nuestras capacidades, nuestra valía, nuestros recursos en juego, al servicio de algo. ¿De qué? Si hacemos caso al evangelio, de los bienaventurados, de los sencillos, de los pobres, de los hombres y mujeres que encontramos en la vida y que pueden necesitarnos. Al servicio del prójimo, tratando de que su vida sea más plena. En lo concreto de cada día. Imagina un mundo en el que todos viviéramos así. En el que, de verdad, los educadores quisieran lo mejor para los estudiantes, los médicos para los pacientes. Un mundo en el que las gentes de Iglesia pensásemos, en todo momento, en el bien de aquellos con quienes se cruza nuestra vida. Un mundo en el que todos los políticos pensasen de veras en el bien de los ciudadanos y no en sus pequeñas o grandes ambiciones. En el que las relaciones familiares se construyeran sobre el amor generoso, antes que sobre el egoísmo. Probablemente sería un mundo mejor. Seguiría

siendo un mundo imperfecto, frágil y complicado como es el nuestro, porque así somos las personas; pero, con todo, sería un mundo mejor.

III. Oración: Curiosa forma de pagarnos

Me descolocaba tu justicia extraña,
esa forma de medir
que olvidaba las horas trabajadas.
Me enfadaba con los que hicieron menos,
creyeron menos, sacrificaron menos,
y me indignaba contigo, que parecías no ver nada.
Intentaba negociar mejor paga,
algún reconocimiento,
una que otra medalla.
Me dolía lo injusto de tu salario.
Me extrañaba lo ilógico de tus premios
Me mordía –reivindicación y envidia–
la suerte de los jornaleros de la última hora.
Hasta el día en que yo fui el último,
el más zoquete,
el más frágil,
el más malo,
el más amado
... y empecé a entender.

